

Especular Futuros, Sensibilidad y Estrategia del Polismaker

Santiago Caprio⁽¹⁾

Resumen: Este artículo reflexiona sobre la necesidad de replantear la formación y la práctica del diseño frente a un presente inmiscuido por crisis climática, fragmentación social, transformación tecnológica y nuevas fragilidades urbanas. En este contexto, se propone la estrategia PolisMaker como un marco metodológico capaz de articular sensibilidad, pensamiento crítico, anticipación prospectiva y responsabilidad ética. El texto sostiene que diseñar no es solo producir formas, objetos o espacios, sino intervenir en relaciones, distribuir posibilidades y actuar políticamente sobre las condiciones de vida. Desde esta perspectiva, el diseño es entendido como una herramienta de mediación entre actores, escalas y saberes, orientada a la construcción de escenarios más inclusivos, habitables y sostenibles. También plantea la importancia de una educación disruptiva basada en el aprendizaje activo, el trabajo con comunidades, la lectura situada del territorio y la investigación prospectiva, con el fin de formar profesionales capaces de actuar en la complejidad sin reducirla. Finalmente, el artículo sostiene que el futuro del diseño depende de su capacidad para cuidar, anticipar y abrir horizontes de calidad de vida, haciendo de la utopía una praxis concreta de transformación urbana y social.

Palabras clave: PolisMaker - diseño especulativo - formación proyectual - aprendizaje situado - investigación prospectiva - ética del cuidado - mediación territorial - educación disruptiva - desarrollo urbano sostenible.

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 290]

(1) Ver CV en pág. 291

Introducción

Habitar el presente exige sensibilidad para leer un mundo atravesado por crisis simultánea y estrategia para actuar dentro de una complejidad que ya no admite respuestas lineales. Vivimos tiempos marcados por transformaciones globales de gran escala: el cambio climático, la migración, la digitalización intensiva de la vida cotidiana, desplazamientos

humanos y nuevas fragilidades urbanas que han alterado de manera profunda la forma en que concebimos las ciudades, la vida y evidentemente las prácticas proyectuales. La degradación ambiental, los desastres asociados al clima y el deterioro de los recursos naturales comprometen la habitabilidad de muchos lugares alrededor del mundo. A ello se suma el debilitamiento de los vínculos comunitarios, la normalización de la aceleración urbana, la lógica de la eficiencia permanente y la competencia como principio organizador, que han debilitado la experiencia de vivir en comunidad, ampliando fenómenos como la soledad, el aislamiento y la desconfianza. Vivimos en un mundo hostil, como lo expresa Edgar Maldonado Bayley en su Poema “La Violencia”, habitamos un tiempo marcado por “el horror, la confusión, el miedo y la codicia”, donde la fragilidad del presente no solo afecta los territorios, sino además también la posibilidad misma de reconocernos entre otros.

Resulta así evidente que muchos de los paradigmas urbanos y de diseño heredados del siglo XX han comenzado a agotarse, no porque hayan dejado de producir formas, sino porque ya no alcanzan para interpretar ni transformar una realidad caracterizada por incertidumbre, violencia y fragilidad. Sin embargo, mientras el mundo cambia con intensidad, nuestras aulas continúan, enseñando desde modelos pensados para un escenario que ya no existe. La pregunta, entonces, no es únicamente cómo diseñar mejores objetos, espacios o servicios, sino cómo formar profesionales capaces de leer el cambio, anticipar sus implicaciones y actuar sin simplificar la complejidad del presente. La enseñanza en diseño se concibe como una práctica artesanal y sensible, que debería estar guiada por la sensibilidad, la creatividad y la colaboración como pilares de toda propuesta pedagógica¹. Es allí donde el diseño especulativo ofrece una perspectiva relevante, al desplazar la atención desde la resolución inmediata de problemas hacia la construcción crítica de escenarios posibles. Dunne y Raby (2013) sostienen que la especulación permite explorar cómo las cosas podrían ser, abriendo el debate sobre futuros alternativos y ampliando el campo de lo pensable. Desde esta perspectiva, especular no implica predecir, sino producir marcos de reflexión capaces de interrogar el presente, tensionar sus límites y hacer visibles otras posibilidades de acción. En esa línea, sostienen que una mayor especulación vuelve la realidad más maleable, al ampliar el campo de posibilidades que una sociedad es capaz de pensar. Más que anticipar el porvenir como si este fuera un dato, el diseño especulativo permite construir escenarios alternativos, sensibles y críticos, capaces de tensionar el presente y revelar sus límites. Según la presentación de *Speculative Everything* del MIT Press, Dunne y Raby entienden el diseño como una herramienta para crear no solo cosas, sino también ideas, y para abrir preguntas sobre el tipo de futuro que las personas quieren o no quieren habitar.

Desde esta perspectiva, el PolisMaker se ha consolidado como una figura capaz de operar en la complejidad: alguien que combina sensibilidad y estrategia para construir escenarios posibles, leer anticipadamente las necesidades sociales y convertir la incertidumbre en campo de proyecto. No se limita a proyectar formas ni a responder de manera instrumental a una demanda inmediata; trabaja construyendo escenarios posibles, articulando sensibilidad territorial, inteligencia estratégica y capacidad de anticipación. Su tarea consiste en leer señales débiles, interpretar tensiones sociales y traducirlas en visiones operativas que no renuncian a la acción presente. Especular, no significa evadirse de la realidad,

sino intervenirla con mayor profundidad. Significa reconocer que todo proyecto contiene ya una hipótesis sobre el futuro y que, por tanto, diseñar implica también asumir una responsabilidad cultural, política y ética frente a aquello que todavía no existe, pero que comienza a delinearse en nuestras decisiones de hoy.

El diseño como acto político

Diseñar no solo consiste en dar forma a objetos, espacios o servicios: implica también organizar relaciones, distribuir posibilidades, establecer prioridades y producir condiciones de vida. El diseño es político porque interviene en el modo en que una sociedad ordena sus recursos, define sus normas de convivencia y materializa sus jerarquías. Diseñar es tomar posición sobre qué debe ser visible, accesible, habitable o excluible.

Desde esta perspectiva, lo político puede entenderse aquí como la dimensión estratégica mediante la cual se organiza la vida colectiva a través de reglas, decisiones, infraestructuras y criterios de distribución. El diseño participa de esa dimensión porque no actúa en el vacío: produce realidad. Entonces, el diseño es político porque no solo configura objetos o espacios, sino también relaciones de poder, formas de participación y posibilidades de emancipación. Bonsiepe² advierte que el diseño puede degradarse cuando queda subordinado a la lógica del mercado, la estilización o la manipulación del consumo; sin embargo, reivindica un humanismo proyectual orientado a interpretar las necesidades de los grupos sociales y a desarrollar propuestas viables que reduzcan la dominación, especialmente sobre los sectores excluidos. En este sentido, el diseño no actúa al margen de lo político: interviene en la manera en que una sociedad organiza su vida cotidiana, distribuye acceso, produce sentido y habilita o restringe espacios de autodeterminación.

Si el diseño produce realidad, entonces también puede reproducir desigualdades o contribuir a transformarlas, la diferencia entre una lógica y otra no es metodológica solamente; es ética y política. Así se valora el diseño como mediador entre actores, no solo como oficio estético sino como herramienta estratégica de transformación física, ambiental y socio cultural.

Una experiencia reciente sobre el barrio El Caribe, en Mar del Plata, muestra cómo la articulación entre política pública, organización social y trama vecinal activa puede producir no solo una respuesta a problemas de accesibilidad y fragmentación, sino una dinámica de transformación orientada a estrategias de urbanización inclusiva. En el artículo publicado en 2025 - Volumen 41 del CUADERNO URBANO: ESPACIO, CULTURA, SOCIEDAD: Cacopardo, Mumare y Santacroce sostienen que el proyecto “demuestra la potencialidad del diseño participativo” dentro de una política pública y permite reflexionar sobre cómo este tipo de experiencias puede contribuir a configurar “modelos de intervención más inclusivos”. El mismo trabajo destaca un componente innovador en la vinculación entre comunidad, políticas públicas, actores científico-académicos y organizaciones sociales, subrayando la relevancia de la participación comunitaria en la configuración del espacio urbano.

Esta formulación permite comprender que el diseño no actúa sobre un plano superficial. Cuando organiza interfaces, usos, recorridos, legibilidades o sistemas de interacción, está mediando entre tecnología, cultura y vida. En otras palabras, diseña condiciones de posibilidad para la experiencia cotidiana. Bonsiepe lo formula con claridad: “considerar aberrante o ingenua la esperanza puesta en el diseño como componente activo de la dinámica social es una forma de ceguera frente a los efectos reales de las actividades proyectuales”. Esta afirmación permite sostener que todo proyecto tiene consecuencias sociales, aunque no siempre las declare.

En este marco, la figura del PolisMaker se enfoca en construir procesos capaces de leer complejidades territoriales, interpretar conflictos y co-diseñar respuestas con múltiples actores. Más que imponer una forma final, el PolisMaker organiza condiciones para escenarios compartidos, técnica y socialmente consistentes.

La experiencia del enfoque PolisMaker en El Salvador es significativa porque muestra cómo una metodología proyectual puede operar simultáneamente en distintos procesos de transformación impulsados en el país desde el Gobierno. Ahí, el diseño no ha sido entendido únicamente como producción formal, sino como instrumento para activar centralidades, revalorizar espacios públicos, fortalecer identidad, articular instituciones, posicionar al país y orientar visiones de largo plazo.

El caso salvadoreño es relevante porque revela que el diseño político no se agota en la participación local de pequeña escala ni en la formulación abstracta de grandes planes, sino que puede actuar como puente entre ambos niveles. En la práctica desarrollada por Caprio, la lógica PolisMaker ha permitido articular lecturas complejas del territorio con procesos reales de implementación, combinando sensibilidad urbana, visión estratégica e interpretación en tiempo real de escenarios cambiantes. Esa forma de operar muestra que el diseño como acto político también consiste en sostener una dirección compartida sin perder capacidad de adaptación.

La transferencia metodológica del enfoque PolisMaker hacia espacios formativos e institucionales en El Salvador como ESIAP o CUBO PLUS ha reforzado su dimensión política. Su circulación en iniciativas vinculadas a la formación, la innovación y la construcción de respuestas para los desafíos contemporáneos ha contribuido a instalar una comprensión más amplia del diseño: no solo como disciplina técnica o estética, sino como práctica de articulación entre tecnología, territorio, gestión y calidad de vida.

Por ello, afirmar que el diseño es un acto político equivale a reconocer su responsabilidad, toda decisión proyectual selecciona problemas, jerarquiza necesidades y moldea posibilidades futuras. En tiempos de crisis múltiples, esa responsabilidad no puede agotarse en la eficiencia técnica ni en la innovación formal. Debe asumir, con mayor claridad, que diseñar también es intervenir en la forma en que una sociedad imagina lo común, distribuye dignidad y abre o cierra horizontes de inclusión.

Estrategia PolisMaker

La estrategia PolisMaker se consolida como un marco estratégico-metodológico orientado a reconfigurar la formación y la práctica del diseño ante las condiciones actuales. Su punto de partida es que los desafíos contemporáneos: crisis climática, desigualdad socioespacial, transformación tecnológica, fragmentación de vínculos comunitarios y agotamiento de paradigmas disciplinares heredados; no pueden ser abordados mediante enfoques proyectuales lineales o exclusivamente técnico-formales. Frente a ello, PolisMaker propone una aproximación integradora que articula aprendizaje situado, pensamiento sistémico, sensibilidad social, anticipación prospectiva y responsabilidad ética. En este enfoque, el diseño es comprendido como una práctica de mediación entre actores, escalas, saberes y temporalidades, capaz de producir no solo soluciones espaciales o funcionales, sino también condiciones para la inclusión, la autonomía y el cuidado. La estrategia PolisMaker busca formar perfiles proyectuales con capacidad de leer críticamente el territorio, interpretar sus tensiones y construir respuestas colaborativas orientadas al bienestar colectivo y a la transformación de largo plazo:

a. Aprendizaje activo:

Uno de los pilares de la estrategia PolisMaker es el aprendizaje activo, entendido no solo como una metodología pedagógica, sino como una toma de posición frente a la formación en diseño. Ya no basta con enseñar a proyectar edificios, objetos o espacios desde la abstracción del aula, se requiere un cambio profundo en la manera de concebir y practicar el diseño: direccionar hacia el aprendizaje a leer la complejidad de la vida real y actuar dentro de ella. Esto exige pasar de una enseñanza centrada en la producción formal a una pedagogía situada, donde el conocimiento se construye en contacto directo con comunidades, territorios y conflictos concretos.

La pedagogía activa, sintetizada en la idea de aprender haciendo, adquiere un papel central. No se trata simplemente de aplicar técnicas en casos prácticos, sino de formar una sensibilidad proyectual capaz de observar, escuchar, interpretar y co-crear, formando una empatía activa. El proyecto en comunidades, el co-diseño, los laboratorios urbanos y experiencias como los recorridos participativos tipo *Jane's Walk*³ permiten que el aprendizaje ocurra en el propio espacio vivido, allí donde las tensiones de la ciudad se manifiestan de manera más evidente. El estudiante deja de ser un observador distante para convertirse en un actor inmerso en una realidad que debe comprender antes de intervenir.

Un ejemplo significativo de estos recorridos participativos son los Talleres Nómadas, en los que los estudiantes aprenden caminando la ciudad, recorriéndola, escuchándola, discutiéndola y experimentándola paso a paso. A través de estas prácticas, el saber no se transmite de forma vertical, sino que se construye en movimiento, mediante la observación directa, el intercambio y la reflexión situada; es justamente en la calle donde los estudiantes descubren, por ejemplo, que una mujer mayor no puede cruzar una avenida por falta de condiciones seguras, que un niño no cuenta con un espacio digno para jugar, o

que ciertos sectores de la ciudad han sido diseñados sin considerar los ritmos, capacidades o necesidades de quienes los habitan, o por qué en ciertas horas las personas se congregan bajo un espacio de sombra en la plaza. Esa experiencia “en vivo” modifica profundamente la manera de proyectar, porque obliga a reconocer que cada decisión de diseño tiene consecuencias sociales y humanas concretas.

El aprendizaje activo también supone un cambio de paradigma en la concepción misma del diseño, implica abandonar una lógica productivista y extractiva para orientarse hacia una lógica del cuidado, en la que la vida y la dignidad humana se sitúan en el centro de toda decisión proyectual. Significa, además, asumir que el diseño no es un acto neutral, sino una herramienta política y social capaz de reparar vínculos, proteger comunidades y reducir desigualdades. En lugar de imponer soluciones simplificadas sobre realidades complejas, el aprendizaje activo entrena al futuro profesional para actuar con empatía activa, pensamiento crítico y responsabilidad compartida.

Este enfoque resulta pertinente para las nuevas generaciones, que no pueden ser comprendidas únicamente como un relevo etario, sino como una reconfiguración cultural de sensibilidades, lenguajes, vínculos y modos de habitar el mundo. Las nuevas generaciones están formadas en la simultaneidad de crisis, pero también en la conciencia de interdependencia, la apertura a saberes híbridos y la búsqueda de formas más colaborativas de agencia. Autores como Raymond Williams y Edgar Morín defienden que el pensamiento de las últimas generaciones tiende menos a compartimentar que a conectar: articulan con mayor naturalidad lo técnico con lo afectivo, lo territorial con lo simbólico, lo local con lo global. Por ello, el aprendizaje activo no solo responde a una necesidad pedagógica, sino a una transformación cultural más amplia: la necesidad de formar no meros especialistas, sino mediadores, tejedores de sentido y diseñadores de futuros posibles.

Así entendido, el aprendizaje activo convierte el diseño en una práctica de corresponsabilidad social. Enseña a involucrarse, a interpretar y no solo a proyectar formas, sino a reconocer vidas.

b. Formar para la acción y el pensamiento crítico

Otra dimensión central de la estrategia PolisMaker consiste en formar para la acción y el pensamiento crítico, entendiendo que ambas capacidades como complementarias. Actuar sin pensamiento crítico conduce a respuestas automáticas, superficiales o subordinadas a inercias disciplinares; pensar sin capacidad de acción, en cambio, corre el riesgo de quedar en una abstracción estéril. Frente a ello, el PolisMaker propone una formación capaz de articular reflexión, intervención y responsabilidad, preparando profesionales que no solo comprendan la complejidad del presente, sino que puedan operar dentro de ella con sensibilidad, criterio y vocación transformadora.

Se promueve una formación transversal y colaborativa, se plantea un trabajo en red entre arquitectura, diseño, urbanismo, tecnología, ecología, economía y ciencias humanas; esta integración interdisciplinaria no busca diluir saberes, sino ampliar la capacidad de comprensión e intervención. El diseño se entiende aquí como mediador entre actores,

intereses, escalas y conocimientos diversos, operando no solo sobre la dimensión física del entorno, sino también sobre sus dimensiones sociales, ambientales y culturales.

Los problemas contemporáneos exigen profesionales capaces de conectar dimensiones materiales, sociales, ambientales, culturales y simbólicas dentro de un mismo proceso proyectual.

En este marco, el diseño deja de entenderse como un oficio centrado exclusivamente en la forma o en la resolución estética, para afirmarse como una práctica de mediación. El PolisMaker reconoce al diseñador como un articulador entre actores, intereses, temporalidades y lenguajes diversos; su trabajo se enfoca en construir inteligibilidad compartida, abrir procesos de co-creación y traducir tensiones complejas en estrategias operativas. Esta mediación actúa sobre la dimensión física del entorno, y de sus implicancias ambientales, sociales y culturales; Diseñar, desde esta perspectiva, es entonces intervenir en relaciones. De allí que formar para la acción y el pensamiento crítico implica también transformar la universidad y las instituciones formadoras. Ya no basta con currículas centradas en disciplinas autosuficientes o en la transmisión vertical de conocimiento. Se requiere diseñar trayectorias formativas transversales y colaborativas, capaces de conectar saberes y de entrenar a los estudiantes en la lectura compleja del territorio. Esta transformación supone reconocer que la inteligencia proyectual del futuro no residirá únicamente en la especialización técnica, sino en la capacidad de articular conocimiento experto con escucha activa, empatía, juicio ético y comprensión sistémica.

Por ello, formar para la acción significa anclar el pensamiento en realidades vivas y formar para el pensamiento crítico significa dotarla de mayor profundidad, responsabilidad y capacidad de transformación. El profesional que propone la estrategia PolisMaker es un actor capaz de liderar sin autoritarismo, de escuchar sin pasividad y de co-crear sin renunciar al rigor. Es alguien preparado para comprender que proyectar implica siempre una toma de posición frente al mundo: frente a sus asimetrías, sus vulnerabilidades, sus conflictos y sus posibilidades.

Esta estrategia busca formar perfiles capaces de actuar en escenarios de complejidad creciente sin caer ni en la ingenuidad tecnocrática ni en la parálisis crítica. Se trata de educar profesionales que sepan pensar para intervenir e intervenir para transformar, comprendiendo que el verdadero valor del diseño no reside solo en lo que representa o construye, sino en su capacidad para producir relaciones más justas, entornos más habitables y futuros más compartidos.

c. Diseño como herramienta de cuidado y corresponsabilidad social

Otra dimensión fundamental consiste en reubicar el diseño dentro de una ética del cuidado y de la corresponsabilidad social; en la que la vida humana, la dignidad y el bienestar colectivo constituyan el centro de toda decisión proyectual.

Esta exigencia se vuelve aún más urgente cuando se reconoce que diseñamos en medio de una violencia circundante que puede manifestarse en la exclusión territorial, en la desigualdad de acceso, en la indiferencia institucional, en la hostilidad de ciertos entornos

urbanos, en la normalización del miedo, en la precariedad de infraestructuras básicas o en la invisibilización sistemática de quienes habitan condiciones de mayor vulnerabilidad. Entender el diseño desde el cuidado supone también ampliar la noción misma de eficacia proyectual. Un proyecto se vuelve superador por su capacidad de contribuir a entornos más justos, más habitables y más resilientes. Cuidar significa reconocer vulnerabilidades, anticipar impactos, proteger a quienes suelen quedar fuera de la decisión proyectual y construir condiciones para una vida compartida más digna. Lejos de reducir la ambición del proyecto, esta perspectiva la profundiza, porque obliga a proyectar con mayor conciencia de la complejidad humana y territorial.

La estrategia PolisMaker formula también un llamado a la academia, a los profesionales del diseño y a las instituciones formadoras: asumir de manera explícita su rol como agentes de transformación del entorno. La nueva agenda no puede construirse sin incorporar el cuidado como criterio ético y operativo. Este es el verdadero punto de partida: comprender que cuidar es la condición esencial para imaginar y producir espacios más humanos, equitativos y sostenibles. Formar en diseño, en consecuencia, no puede limitarse a transmitir técnicas o repertorios formales; debe formar una capacidad de discernimiento sobre el impacto real de cada decisión.

Repensar el diseño desde el cuidado del ser humano es, además, una estrategia de resiliencia. Las ciudades que incorporan el cuidado en sus decisiones, a través de espacios públicos inclusivos, servicios accesibles, redes comunitarias sólidas y políticas orientadas a la equidad; son también ciudades más capaces de enfrentar crisis y adaptarse a transformaciones futuras. Una ciudad que cuida reduce el sufrimiento innecesario, crea vínculos allí donde hoy existe fragmentación y protege a los más vulnerables porque reconoce que el bienestar colectivo no se mide por el privilegio de unos pocos, sino por la capacidad de sostener la vida de todos. Desde esta mirada, el cuidado no es solo una respuesta moral, sino una apuesta por la inteligencia urbana y territorial.

Formar un arquitecto, un diseñador o un urbanista consiste sobre todo en enseñar a agudizar los sentidos: enseñar a observar, enseñar a escuchar, enseñar empatía y a entender la cotidianidad: la mujer que se sienta en la plaza a ver pasar la tarde; el niño que no tiene dónde jugar salvo en el borde peligroso de un canal; la familia que debe caminar kilómetros porque la ciudad fue concebida sin pensar en sus trayectorias cotidianas; o incluso las razones por las cuales las personas prefieren caminar por una acera y no por otra, revelando qué condiciones materiales, climáticas, simbólicas o afectivas vuelven un espacio más acogedor que otro.

Ese aprendizaje no corresponde solo al campo de la arquitectura o del urbanismo. En el diseño industrial, significa preguntarse si los objetos facilitan o dificultan la vida de personas con diferentes capacidades, edades y condiciones de uso. En el diseño textil, implica considerar no solo la estética y la producción, sino también los cuerpos, los contextos climáticos, la dignidad laboral y las culturas del vestir. En el diseño gráfico, supone asumir la responsabilidad de hacer la información accesible, inteligible e inclusiva, reconociendo que comunicar también es distribuir poder. En imagen y sonido, significa comprender que toda producción sensible modela imaginarios, memorias y formas de percepción, pudiendo reforzar estereotipos o abrir nuevas formas de reconocimiento y cuidado.

Cuando un estudiante se enfrenta a estas realidades con atención y detenimiento, su manera de proyectar cambia de forma irreversible. Comprende que el diseño no es un ejercicio individual ni un gesto de autoría aislada, sino una forma de corresponsabilidad frente al mundo común.

d. Investigación prospectiva y construcción de agenda

La estrategia PolisMaker asume como parte de su tarea la construcción de agenda desde la academia. Esto supone entender que la universidad no debe actuar únicamente como espacio de transmisión de conocimientos o de reproducción disciplinar, sino como una plataforma crítica capaz de anticipar transformaciones, identificar tensiones emergentes y proponer marcos de acción de largo plazo. La investigación prospectiva no se orienta a predecir el futuro de manera lineal, sino a ampliar la capacidad de una sociedad para imaginarlo, discutirlo y prepararse para él con mayor responsabilidad.

Se requiere formar agentes capaces de leer señales débiles, interpretar procesos de cambio y construir visiones estratégicas que permitan orientar el proyecto más allá de la urgencia inmediata. La sensibilidad social y las competencias técnicas siguen siendo indispensables, pero ya no bastan por sí solas. El PolisMaker propone, además, una formación en pensamiento prospectivo: una capacidad de articular diagnóstico y anticipación, lectura territorial y visión de futuro, conocimiento situado e imaginación estratégica. En contextos marcados por incertidumbre climática, transformación tecnológica, desigualdad urbana y fragilidad institucional, esta capacidad se vuelve central para no limitar el diseño a la reacción tardía frente a crisis ya desbordadas.

La universidad ocupa un lugar decisivo, por su condición de espacio relativamente autónomo, plural y orientado a la producción de conocimiento, posee una capacidad singular para actuar como nodo articulador entre comunidades, gobiernos, empresas, organismos internacionales y otros actores sociales. La academia puede contribuir a construir lenguajes comunes, visibilizar problemas que aún no han sido plenamente reconocidos, generar evidencia, ensayar metodologías y abrir procesos de co-creación que ninguna institución aislada podría sostener por sí sola.

Incorporar el cuidado en el centro de la investigación y de la formación implica revisar qué problemas consideramos relevantes, cuáles son sus necesidades reales, qué indicadores utilizamos para evaluar una intervención y qué imaginarios de futuro decidimos promover. Significa también reconocer que las grandes preguntas del diseño ya no pueden formularse solo en términos de crecimiento, productividad o espectacularidad, sino en términos de bienestar, equidad, resiliencia y sostenibilidad.

Por ello, una de las consecuencias más importantes de esta estrategia es la necesidad de transformar las métricas con las que evaluamos el éxito proyectual. Si realmente queremos construir para el futuro, no podemos seguir midiendo el valor de un proyecto únicamente por la cantidad de metros cuadrados construidos, por su rentabilidad inmediata o por su impacto visual. Desde el enfoque PolisMaker, el éxito debería medirse por la cantidad y

la calidad de vidas que una intervención logra mejorar: por su capacidad de reducir sufrimientos evitables, ampliar accesos, fortalecer vínculos, proteger a los más vulnerables y hacer más habitable el entorno común. Este desplazamiento no es menor: implica pasar de una cultura del objeto a una cultura del impacto humano, de la producción cuantificable a la transformación significativa.

En este marco, la formación universitaria adquiere una responsabilidad aún mayor. Cuando un estudiante descubre que el plano que dibuja, el objeto que diseña, el sistema que organiza o la narrativa visual que construye pueden cambiar la vida de alguien, su manera de proyectar se transforma de forma irreversible. Allí emerge un aprendizaje más profundo que cualquier manual: el reconocimiento de que diseñar es intervenir en la vida de otros, y que esa intervención exige conciencia, cuidado y sentido de futuro.

La estrategia PolisMaker sostiene que el futuro del diseño no pertenecerá necesariamente a las propuestas más espectaculares, sino a aquellas capaces de cuidar mejor. La universidad es el lugar donde esa visión puede y debe germinar, porque es allí donde todavía es posible articular conocimiento, crítica, sensibilidad y proyecto. El mundo que queremos dejar a quienes aún no han nacido no empieza en un horizonte abstracto, sino en las aulas, en las investigaciones, en las preguntas que decidimos formular hoy y en las decisiones con las que elegimos formar a quienes habrán de diseñarlo.

Educación disruptiva: aprender en la calle, proyectar con otros

La estrategia PolisMaker emplea métodos que desplazan el aprendizaje desde la representación abstracta hacia la experiencia directa: talleres colaborativos en la calle, laboratorios urbanos, caminatas críticas, ejercicios de observación activa, trabajo con comunidades y participación estudiantil en proyectos reales. Este giro metodológico se encuentra en sintonía con la enseñanza basada en proyectos u orientada a problemas, que Bonsiepe identifica como un enfoque capaz de reconfigurar el rol del docente y del estudiante, hasta el punto de volver pensable una universidad orientada al proyecto. En este marco, el estudiante deja de limitarse a recibir contenidos y comienza a producir conocimiento en diálogo con el territorio, con los actores sociales y con las tensiones concretas del presente. La dimensión disruptiva de este enfoque no reside únicamente en el uso de metodologías activas, sino en su capacidad para transformar la posición subjetiva del futuro diseñador. Aprender haciendo significa aprender a leer la dimensión humana del proyecto desde la realidad: la memoria de los lugares, los significados afectivos de los espacios, los usos imprevistos del entorno, las exclusiones naturalizadas y las formas cotidianas que quedan inscritas en la ciudad. Lo disruptivo, entonces, no reside solo en cambiar el formato de clase, sino en alterar la posición del estudiante frente al conocimiento. Se trata de proyectar sobre la ciudad desde su complejidad, su conflicto y sus formas de vida.

El libro *Il Polis Maker per la qualità del vivere e lo sviluppo urbano sostenibile: Azioni per cambiare la città* (2024), presenta distintos casos concretos donde la metodología ha sido probada como un proceso cognitivo holístico, guiado por la ciudad como hilo conductor

y sostenido por la interdisciplinariedad como denominador común. En su introducción se explica que los talleres desarrollados en distintos territorios europeos, de Asia y de América Latina, constituyen una modalidad de aproximación capaz de concebir la proyectación y gestión de los asentamientos humanos desde la calidad del vivir y el desarrollo urbano sostenible.

En estos ejercicios, el valor no radica únicamente en el resultado formal, sino en la construcción de una inteligencia compartida: leer el problema, articular actores, ensayar hipótesis, contrastarlas con el territorio y producir respuestas abiertas a revisión.

El caso de la recualificación urbana del Comune di Carnago resulta significativo porque constituye uno de los primeros antecedentes del enfoque PolisMaker. Más que un simple ejercicio de diseño del espacio público, se trató de una estrategia de recomposición del centro histórico que articuló plaza, recorridos peatonales seguros, centro cultural, servicios de salud, usos comerciales y validación social. Su importancia metodológica radica en haber integrado desde el inicio una lógica interdisciplinaria, una evaluación de factibilidad y un proceso de consulta a la población.

Otro rasgo disruptivo del PolisMaker es que el aprendizaje proyectual no se reduce a producir una forma, sino que exige comprender cómo un espacio es vivido, apropiado, percibido y resignificado. El caso de diversas lecturas para la Plaza Grande de la Comune di Locarno es valioso porque el proyecto se construye desde una lectura antropológica, social y existencial del espacio público. La plaza es entendida no solo como soporte físico, sino como lugar del espíritu, de socialización, de reflexión, de pertenencia y de uso estacional. Además, el libro insiste en que involucrar a la ciudadanía, a las familias, a las escuelas y a las academias es fundamental para pensar la plaza como *work in progress*, flexible y creadora de valor comunitario. Aquí la educación disruptiva se vuelve evidente: el estudiante no aprende únicamente a diseñar una plaza, sino a comprender que un espacio público es también un sistema de relaciones, afectos, temporalidades y conflictos de uso.

Lo relevante de esta estrategia no reside únicamente en su capacidad para entender la realidad intrínseca de un territorio dado (como en los ejemplos arriba mencionados), sino que habilita a comprender la realidad mientras esta cambia, permitiendo acompañar activamente en procesos de transformación en curso. En experiencias como la del Centro Histórico de San Salvador, Ufficii aplica estrategia PolisMaker para intervenir desde la acción, entendiendo el proyecto como una construcción progresiva, estratégica y adaptable. Más que imponer una forma cerrada desde el inicio, se trata de operar dentro de una realidad cambiante, ajustando decisiones a medida que los procesos avanzan. En esa línea, la inteligencia metodológica de esta estrategia permite “ir armando el traje mientras el muñeco se mueve”, es decir aporta una capacidad de diseñar sin congelar la realidad, fortalecida por el aprendizaje de leer sus mutaciones en tiempo real.

Sin embargo, el alcance de este método no se agota en la lectura de dinámicas reales ni en el acompañamiento de procesos en curso. Una de sus contribuciones más fértiles es que habilita al diseño prospectivo. El Workshop para Town Center Surf City constituye un ejemplo claro en este sentido, porque muestra cómo la metodología puede contribuir a construir visiones estratégicas de ciudad articulando turismo, comunidad, infraestructura, identidad y desarrollo. Allí el proyecto deja de ser solamente respuesta a un problema

existente y se convierte en una herramienta para imaginar centralidades nuevas, activar pertenencia, estructurar oportunidades y abrir horizontes de transformación, ofreciendo un marco para proyectar futuros posibles sin desligarlos de las condiciones materiales, sociales y culturales del presente. Esa es, quizás, una de sus mayores fortalezas: no solo ayuda a interpretar lo que está ocurriendo, sino que permite soñar con algo nuevo y comenzar a construirlo desde la calidad de vida.

En conjunto, estas experiencias muestran que la educación disruptiva del PolisMaker busca redefinir el sentido mismo de la formación proyectual, apuesta por una pedagogía que aprende con la realidad, con los otros y desde el conflicto. El estudiante deja de ser un receptor de instrucciones para convertirse en co-creador de conocimiento, intérprete del territorio y actor implicado en la construcción de respuestas. El aprendizaje se vuelve más informal en sus dispositivos, pero más exigente en su profundidad; más abierto en sus dinámicas, pero más riguroso en su responsabilidad.

Por eso, la educación disruptiva no es una moda metodológica, sino una exigencia de época. En sociedades atravesadas por crisis, fragmentación y violencia circundante, formar diseñadores implica enseñarles a leer críticamente el mundo que heredan y a intervenir en él con imaginación, cuidado y responsabilidad. Allí radica la apuesta del PolisMaker: no producir especialistas obedientes a una lógica profesional heredada, sino formar mediadores capaces de tejer sentido, activar procesos colectivos y proyectar futuros más habitables.

Conclusiones

En un tiempo atravesado por crisis, violencia circundante y agotamiento de paradigmas; la utopía constituye una condición indispensable para imaginar y construir transformaciones profundas. Recuperar la dimensión utópica del diseño significa comprometerse con ella de un modo más exigente: leer sus heridas, reconocer sus límites y, aun así, abrir posibilidades.

El poema *La violencia*, de Edgar Maldonado Bayley, ofrece una clave potente para pensar este horizonte. Allí, en medio del horror, la confusión, el miedo y la codicia, no desaparece del todo la posibilidad de otra dirección. Incluso cuando el poeta reconoce apenas “alguna esperanza no bien fundamentada”, insiste en que llegará el día de “las grandes floraciones del sueño”. Esas letras no aluden a una promesa vacía, sino a una forma de resistencia frente a la violencia que pretende clausurar el porvenir. La floración del sueño, puede leerse como la irrupción de una fuerza transformadora que no niega la oscuridad, pero se rehúsa a aceptarla como destino.

A lo largo del artículo se ha mostrado que la estrategia metodológica de PolisMaker representa una respuesta concreta a ese desafío, como una práctica que articula sensibilidad, lectura crítica, cuidado y visión de futuro. Que esa floración constituye una metáfora del proyecto entendido como acción sensible, estratégica y ética, dando paso a una inteligencia proyectual capaz de escuchar, interpretar, mediar y construir con otros.

En este marco, la educación disruptiva adquiere pleno sentido. Formar para la acción y el pensamiento crítico, introducir metodologías activas, salir a la calle, trabajar con comunidades, leer el territorio en tiempo real y comprender que cada decisión proyectual tiene consecuencias humanas y ambientales, son condiciones indispensables para una nueva cultura del diseño. Una cultura que comprenda que el verdadero proyecto no comienza en el objeto, sino en la relación entre espacio, cuerpo, memoria, conflicto y posibilidad. Una cultura que entienda, además, que cuidar es una inteligencia práctica para enfrentar la violencia del abandono, de la desigualdad y de la indiferencia.

El diseño, cuando asume su dimensión política y humana, se convierte en una herramienta para anticipar futuros, reparar vínculos, articular actores y abrir horizontes de calidad de vida. La utopía, entonces, aparece como el impulso que permite orientar la práctica hacia ciudades más inclusivas, territorios más habitables y formas de convivencia más justas. Por ello, lo que busca la estrategia Polismaker es una utopía que se traduzca en praxis: en pedagogías activas, en diseño ético, en procesos colaborativos, en estrategias urbanas que cuidan, escuchan e imaginan. Solo desde una esperanza crítica y genuina es posible enfrentar los desafíos contemporáneos y co-crear realidades alternativas que sean verdaderamente significativas.

Si la violencia circundante reduce el horizonte de lo posible, la tarea del diseño y de la formación proyectual consisten en volver a expandirlo. Allí radica, la vigencia más profunda de la utopía: no en prometer un mundo perfecto, sino en sostener, aun en medio de la oscuridad, la capacidad de orientarnos hacia otro rumbo. Y es precisamente en esa tensión entre lucidez y esperanza donde la estrategia PolisMaker encuentra su sentido: ayudar a que las floraciones del sueño no permanezcan solo en el poema, sino que comiencen, lentamente, a tomar forma en la ciudad y en la vida.

Notas

1. 130 Recomendaciones para el Futuro del Diseño. Universidad de Palermo.
2. Bonsiepe, G. (2011). Diseño y crisis [Conferencia]. Universidad Autónoma Metropolitana, México.
3. Los recorridos participativos tipo Jane's Walk constituyen una metodología de aprendizaje situado basada en caminatas colectivas y conversaciones abiertas en el espacio público. Su valor pedagógico reside en que permiten leer la ciudad desde la experiencia directa, haciendo visibles conflictos, memorias, desigualdades y formas de uso cotidiano que difícilmente emergen en el trabajo de gabinete. Más que una visita guiada, se trata de una práctica de observación, escucha y co-interpretación del territorio, en la que el entorno urbano y las voces de la comunidad se convierten en insumos activos del proceso proyectual

Referencias bibliográficas

- Anderson, I. F. (2026). Análisis comparativo entre metodología de la investigación científica, metodología proyectual del diseño industrial y metodología Vibe Coding (programación no-code Open Source) con inteligencia artificial. *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*, 292.
- Bonsiepe, G. (2005). *Design and democracy*. Editora Blucher.
- Bonsiepe, G. (1985). *El diseño de la periferia: Debates y experiencias*. Editorial Gustavo Gili.
- Bonsiepe, G. (2011). *Diseño y crisis* [Conferencia]. Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Caprio, S. (2024). *Il Polis Maker per la qualità del vivere e lo sviluppo urbano sostenibile: Azioni per cambiare la città*. Maggioli Editore.
- Cacopardo, G., Mumare, R., & Santacroce, F. M. (2025). *Diseño participativo y gestión de un espacio público: implementación de una política pública en un barrio popular*. Cuaderno Urbano, 41(41)
- Dunne, A., & Raby, F. (2013). *Speculative everything: Design, fiction, and social dreaming*. The MIT Press.
- Morin, E., & Delgado Díaz, C. J. (2014). *Reinventar la educación: Abriendo caminos a la metamorfosis de la humanidad*. Multiversidad Mundo Real Edgar Morin.
- Morin, E., & Viveret, P. (2011). *Cómo vivir en tiempos de crisis*. Icaria Editorial.

Abstract: This article reflects on the urgent need to rethink design education and practice in a world deeply shaped by the climate crisis, social fragmentation, technological transformation, and emerging urban fragilities. In this context, the PolisMaker strategy is proposed as a methodological framework capable of bridging sensitivity, critical thinking, forward-looking anticipation, and ethical responsibility. The text argues that design is not merely the production of forms, objects, or spaces, but rather a way of intervening in relationships, distributing possibilities, and acting politically upon living conditions. From this perspective, design is understood as a mediatory tool between stakeholders, scales, and bodies of knowledge, aimed at building more inclusive, livable, and sustainable environments. It also emphasizes the importance of disruptive education based on active learning, community engagement, situated territorial readings, and prospective research to train professionals capable of navigating complexity without oversimplifying it. Ultimately, the article contends that the future of design depends on its capacity to care, anticipate, and open new horizons for quality of life—turning utopia into a concrete praxis for urban and social transformation.

Keywords: PolisMaker – speculative design – design education – situated learning – prospective research – ethics of care – territorial mediation – disruptive education – sustainable urban development.

Resumo: Este artigo reflete sobre a necessidade de repensar a formação e a prática do design diante de um presente imerso na crise climática, na fragmentação social, na transformação tecnológica e em novas fragilidades urbanas. Neste contexto, propõe-se a estratégia PolisMaker como um marco metodológico capaz de articular sensibilidade, pensamento crítico, antecipação prospectiva e responsabilidade ética. O texto sustenta que projetar não é apenas produzir formas, objetos ou espaços, mas intervir em relações, distribuir possibilidades e agir politicamente sobre as condições de vida. Sob esta perspectiva, o design é compreendido como uma ferramenta de mediação entre atores, escalas e saberes, orientada à construção de cenários mais inclusivos, habitáveis e sustentáveis. Propõe-se também a importância de uma educação disruptiva baseada na aprendizagem ativa, no trabalho com comunidades, na leitura situada do território e na investigação prospectiva, a fim de formar profissionais capazes de atuar na complexidade sem reduzi-la. Finalmente, o artigo sustenta que o futuro do design depende da sua capacidade de cuidar, antecipar e abrir horizontes de qualidade de vida, tornando a utopia uma práxis concreta de transformação urbana e social.

Palavras-chave: PolisMaker – design especulativo – formação projetual – aprendizagem situada – investigação prospectiva – ética do cuidado – mediação territorial – educação disruptiva – desenvolvimento urbano sustentável.

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por el autor de cada artículo.]

Santiago Caprio. Arquitecto y urbanista italo-argentino de trayectoria global, reconocido por su enfoque holístico y resolutivo ante las crisis de la contemporaneidad. Ha consolidado su carrera como docente e investigador en instituciones de prestigio mundial, incluyendo el Politecnico di Milano, la Universidad de Buenos Aires, la Universidad de Salamanca, Universidad de Palermo y la Ecole Hôtelière de Lausanne en Suiza. Caprio ha diseñado planes estratégicos y proyectos urbanos en más de 20 países, desde Italia y Suiza hasta China, Dubái y los Estados Unidos. Desde 2020, colabora con la Presidencia de la República de El Salvador en el diseño de nación e infraestructuras de alto impacto. Actualmente, representa a dicho país como uno de los 31 expertos internacionales de ONU-Habitat para la construcción de las líneas guía globales en “Ciudades Inteligentes centradas en las personas”.